

El Papa de un país socialista

E.
MIRET
MAGDA
LENA

SIN ningún género de dudas, los católicos tenemos un Papa abierto ideológicamente. Lo prueba la difusión que imprimió a los discutidos y progresivos teólogos del catolicismo como el padre Congar, O. P., el de las reformas profundas de la Iglesia y de la crítica a la papolatría; el padre Chenu, O. P., el pensador del materialismo cristiano inspirado en el aristotelismo renovado del realista Santo Tomás; o el progresista y discutido H. Küng, que supo replantear el problema de la infalibilidad del Papa con un profundo sentido crítico.

Su tesis inaugural de la cátedra de Ética, que regentó en la Universidad de Cracovia, fue un mentís al espíritu cerrado de la filosofía clerical al uso, cuando todavía no se veía ni siquiera en perspectiva el renovador Concilio Vaticano II.

Lo que no puede decirse, en un afán ingenuo de reunir en el nuevo personaje que rige los destinos de la Iglesia católica todos los aspectos más progresistas, que fuera hijo de un obrero como en España se ha repetido por activa y por pasiva. Lo que sí, que es un defensor del Evangelio social. No es de los que creen que el mensaje de Jesús fue una apelación a la evasión de las tareas cotidianas, ni a esconder la cabeza debajo del ala ante los graves problemas económicos y sociales del mundo actual.

Su preocupación acerca de los problemas de la sociedad se aprecia claramente en su concepción del dogma cristiano de la Redención. Lo llama "liberación", usando así una palabra mucho más adecuada y significativa que la más tradicional de "redención". Sin embargo, cree que "el problema de la liberación del hombre" tiene —si se mira con ojos de creyentes— "un múltiple sentido". No es ni la evasión hacia las regiones del espíritu desencarnado de los problemas de la Tierra; ni tampoco la identificación del mensaje cristiano con la sola "eliminación de las estructuras sociales, económicas o políticas que contribuyen a oprimir al hombre".

Lo que es preciso pensar es que "todas las estructuras sociales, económicas o políticas que esclavizan al hombre son derivación del pecado". Por eso, la clave para el creyente está en simultanear el "liberarse de este pecado" y —al mismo tiempo— renovar "las estructuras para que puedan llevar a la liberación de otros".

No creamos, por tanto, que Wojtyła escatima sus juicios decididos hacia una

sociedad más justa, que no ve cumplida en la sociedad de consumo del modelo occidental. "Jesucristo —decía hace un año— es un reproche a la sociedad opulenta del consumo, que permite o fomenta la gran pobreza del pueblo a nivel mundial, especialmente en el Tercer Mundo, con el hambre, la explotación económica y el colonialismo más o menos encubierto".

Y la causa se encuentra principalmente en "el egoísmo" que está en los corazones de muchos líderes políticos, en la propaganda egoísta que se difunde entre las masas, y en las estructuras de la sociedad. "Es el egoísmo, bajo sus múltiples formas y dimensiones, lo que está en el origen de la poderosa explotación del hombre por el hombre, de la explotación del hombre lo mismo en la producción que en el consumo...; y es este egoísmo el que ha dividido la sociedad en clases antagónicas".

El Papa no está por el marxismo, pero tampoco cerradamente contra él, como hicieron algunos dirigentes de la Iglesia por los años 50. Uno de los detalles curiosos de su interés por esta corriente social es que en el Cónclave apareció con una revista teórica marxista, como lectura para sus meditaciones durante la elección del Papa. Su conocimiento de la doctrina marxista es amplio y profundo, y no cae en las ingenuidades de algún obispo español que, después de confesar que hacía años que no leía nada doctrinal sobre el marxismo, sin embargo, según él ya nadie que se preciase de científico valoraba esta corriente social.

Su punto de vista respecto al marxismo ateo que durante años se propagó oficialmente en Polonia es clara: "Uno no puede ser cristiano y materialista; ni creyente y ateo".

Pero, ¡cuidado! cuando él se refiere al materialismo tiene mucho cuidado de expresar que sólo se opone a un tipo de realismo sensible que no acepte también la posibilidad de la trascendencia del espíritu. Y tampoco identifica ateísmo con la lucha contra las deformaciones que muchos cristianos han realizado de la imagen o del concepto de Dios.

Lo que sí ha hecho es asimilar profundamente la norma colaboradora del Papa Juan XXIII, que supuso un salto cualitativo en la marcha de las relaciones marxismo-cristianismo. Y ha aprendido mucho en su contacto, tanto con la burocracia vaticana, como en la burocracia comunista; y sabe mantenerse sereno y

flexiblemente firme con una y con otra para no caer en ingenuidad alguna, ni tampoco en posturas martiriales como hizo el cardenal primado de Hungría en su tiempo, o el cardenal primado de Polonia poco después. Su postura es: ni la concesión de principios, ni la rigidez en las aplicaciones.

La situación polaca es ambigua, y el católico inteligente sabe aprovechar esa circunstancia para evaluar objetivamente y cooperar con la realidad política y social de su país. Por eso su lección inaugural de su cátedra de Ética en Cracovia se titulaba expresamente: "Crítica ética del capitalismo y del marxismo".

El conoce y aprecia —como muchos inteligentes obispos católicos en los países socialistas— las realizaciones justas que allí han tenido lugar. Incluso reconocen que la situación alcanzada es irreversible porque no se puede ni debe volver a las injusticias sociales del pasado, aunque sea necesario perfeccionar lo conseguido por reacción contra aquellas. Pero también sabe que muchas de estas conquistas se han hecho a un alto precio: el de la libertad. Y por eso clama por ello, oportuna e inoportunamente, ya que sin libertad la paz que la justicia aporta es muy precaria. Del mismo modo sabe las ventajas democráticas que existen en muchos países de Occidente, pero no le atrae nada el inhumano e insatisfactorio capitalismo del consumo por el consumo y de la libertad permisiva que está dirigida muchas veces por móviles interesados.

Es cierto que en Polonia no hay una libertad religiosa plena, pero nadie puede afirmar que ese país sea una nación en donde se pueda hablar de la "Iglesia del silencio". Eso ha pasado ya, y están los polacos desde hace años progresando francamente en el plano religioso, alcanzando cada vez mayores metas de libertad que son más satisfactorias.

Tenemos, pues, a un Papa que pretende la distensión que quería Juan XXIII, y que realizó Pablo VI con los países del Este. Pero no a costa de un catolicismo diluido, sino de una fe que sabe estar en su sitio sin crispaciones ni angustias. ■